

*Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica.
A propósito de una publicación reciente*

CARLOS G. WAGNER

Bajo el título de *Los fenicios en España* y presentados por M. E. Aubet Semmler y G. del Olmo Lete como una actualización de los conocimientos sobre el tema, ha sido publicada muy recientemente una serie de trabajos en dos volúmenes monográficos de la revista *Aula Orientalis* (en adelante: *AO*), aquéllos correspondientes a los años 1985 y 1986 (III y IV). Una nutrida nómina de especialistas en la materia presenta una amplia colección de estudios, publicados también bajo la forma de un lujoso libro en dos tomos*, ordenados de acuerdo con el siguiente criterio: *Arqueología, cerámica y plástica, epigrafía y lengua, glíptica y numismática, y expansión e interacción cultural*. Aunque en principio puede parecer conveniente respetar de cara al comentario tales apartados, las dificultades habituales en estos casos nos eximen de ello: no siempre un trabajo determinado se corresponde exactamente con el epígrafe bajo el que se publica, sino que en ocasiones excede abundantemente de él para incidir sobre otros puntos que éste no contempla, mientras que otras veces su relación es escasa, y en algún caso el epígrafe resulta desmesurado a la vista de su contenido, pegas todas ellas comunes a cualquier intento de simplificación de un repertorio tan amplio y variado. Por otra parte, algunos aspectos históricos de gran interés, prolijamente tratados en los diversos trabajos que lo integran, quedan insuficientemente reflejados en la ordenación adoptada, por todo lo cual hemos creído conveniente ajustar nuestro comentario de acuerdo con un criterio distinto a fin de facilitar la comprensión de los diversos aspectos sobre los que frecuentemente se centra el debate. Por último, la ordenación referida, aunque útil sin duda desde el punto de vista de los arqueólogos profesionales,

* G. del Olmos Lete; M. E. Aubet, *Los fenicios en la España*, Barcelona, 1986. Vol. I, 399 pp.; Vol. II, 322 pp.

que se encuentran como es lógico mayoritariamente presentes al frente de los trabajos que recoge, no lo es tanto desde la perspectiva del historiador, preocupado a menudo en problemáticas no necesariamente, ni esencialmente dispares pero sí abordadas frecuentemente desde enjuiciamientos distintos.

Uno de los aspectos más tratados en los diversos trabajos que se dan cita en estos dos volúmenes es aquél de los orígenes de la presencia fenicia en Occidente, o si se prefiere la *precolonización* como también gusta de llamarse últimamente. Ya en el primero de ellos M. E. Aubet Semmler («Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas», *AO*, III, 1985, pp. 9-30), que traza un cuadro general de todos los problemas relacionados con la colonización fenicia en nuestras tierras, manifiesta desde un principio un acusado interés en desmitificar la «cuestión de Gadir» (p. 11), lo que la lleva a abandonar posiciones recientemente mantenidas por ella misma¹. Algunos de los argumentos empleados merecen, no obstante, una revisión más detenida. Pero vayamos por partes: en nuestra opinión el que en las fuentes asirias y en los textos bíblicos no encontremos eco alguno «de una empresa comercial de tanta envergadura» como considera debió ser la fundación de Gadir (*ibid*) —justificable tal vez desde el punto de vista de los conocimientos geográficos de ambas culturas— apenas quiere decir nada. Este mismo tipo de fuentes orientales ignora sistemáticamente toda alusión, incluso posterior, a la presencia fenicia en el extremo más occidental del Mediterráneo, a no ser que admitamos la identidad entre el Tarsis bíblico y Tartessos, como defiende Ju B. Tsirkin («The Hebrew Bible and the Origin of Tartesian Power», *AO*, IV, 1986, pp. 179-185) desde estas mismas páginas, y sobre lo que volveremos más adelante. En consecuencia, puesto que en las fuentes orientales no se menciona Cádiz, la línea argumental de Aubet nos conduciría forzosamente a la conclusión de que Gadir no habría sido fundada nunca.

Algo más defendible resulta el argumento en torno a la ausencia de importaciones fenicias anteriores al 750 a. C. en la zona de influencia directa del asentamiento fenicio (p. 12). En efecto, el yacimiento del Berrueco de Medina Sidonia, a 25 km de Cádiz, acusa al parecer la presencia de importaciones fenicias a partir de mediados del siglo VIII a. C.² Otro tanto ocurre en el Castillo de Doña Blanca (D. Ruiz Mata, «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca» (Puerto de Santa María, Cádiz, *AO*, III, 1985, pp. 241-261), yacimiento que conoce su ocupación en la primera mitad del siglo VIII a. C. y que tras conocer un momento de gran actividad urbana con ampliación de la villa durante el siglo VII a. C., experimenta un declive patente en la decadencia constructiva y en la menor potencia estratigráfica

¹ «Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico», *Pyrenae*, 13-14, 1977-1978, p. 85; *Eadem*, «Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el siglo VIII a. C.», *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Vol. 3, Roma, 1984, pp. 816 y 821.

² J. L. Escacena; G. de Frutos, «Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)», *NAHisp.*, 24 (en prensa).

durante el VI, para resurgir en el V a. C. en posible relación con una próspera industria de salazones, siendo paulatinamente abandonado a partir de finales del siglo IV y primera mitad del III a. C. También aquí la presencia de importaciones fenicias, cerámicas —platos y cuencos carenados— de engobe rojo sobre todo, se remonta a la misma época (pp. 242 y 244). Pero puesto que la aparición de los materiales fenicios coincide con los inicios de ocupación del poblado el dato carece de valor. Pero, por otra parte, la cronología de las cerámicas arcaicas fenicias occidentales no está del todo exenta de problemas³ por lo que, como afirma G. Bunnens más adelante («Le rôle de Gades dans l'implantation phénicienne en Espagne» *AO*, IV, 1986, pp. 187-192): «la cronología de los vestigios fenicios en Occidente parece no tener más que un valor indicativo. Es necesario, sin duda admitir un margen de error que puede comprender muchas decenas de años» (p. 189). Por ello mismo se debe huir de conclusiones tajantes.

Para M. Fernández Miranda («Huelva, ciudad de los tartesios», *AO*, IV, 1986, pp. 227-263) no hay duda sobre la existencia de contactos mediterráneos anteriores a la aparición de los asentamientos fenicios detectados por la Arqueología: «la fibula de codo vendría a ser un elemento más que confirma ese comercio por el Mediterráneo, similar al que se desarrolla en el Atlántico, con piezas que, por otra parte, demuestran la interrelación entre las dos grandes áreas marítimas de la Antigüedad en ese momento» (p. 236). Pero ¿quién es el artífice de tal interrelación? Y si se admite, como hace por ejemplo Ruiz Mata («Las cerámicas...», *cit. supra*), que la posición de Gadir eludía el tránsito entre Río Tinto y Huelva, bajo control indígena (p. 261), en un intento de explicar la situación de Gadir respecto a los centros mineros más importantes de la zona, así como las diferencias existentes entre sus cerámicas (*vid. infra*), y si como se sabe el litoral adyacente y el interior del territorio se encontraba poco poblado con anterioridad al siglo X a. C. ¿no ha podido la función originaria de Gadir haber estado encaminada hacia otra dirección, la atlántica, y ser responsable también en alguna medida de la transformación territorial del habitat que se aprecia en la zona tartésica durante el siglo X a. C. (cfr.: Fernández Miranda, *cit.*, p. 230)? ¿Quiénes son en definitiva los responsables de la presencia en el comercio atlántico que implica el hallazgo del depósito de la Ría de Huelva, cuya datación mediante el C 14 arroja una fecha del siglo IX a. C., de los objetos de procedencia mediterránea como son las fibulas de codo de tipo siculo-chipriota?

Por otra parte, esgrimir las dificultades de la navegación por el Estrecho, como hace Aubet («Los fenicios en España...», *cit. supra.*), para negar a Gadir la función de puerto-fondeadero principal en la ruta hacia Tartessos en favor de los asentamientos del litoral mediterráneo andaluz, y traer a colación el texto de Avieno (*Or. Mar.*, 178-182) sobre la existencia de un

³ Vid., por ejemplo: G. Bunnens, *L. expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondé sur une analyse de traditions littéraires*, Bruselas-Roma, 1979, p. 327; I. Negueruela Martínez, «Sobre la cerámica de engobe rojo en España», *Habis*, 10-11, 1979-1980, p. 348.

camino interior que enlazaba Malaka con el litoral atlántico (pp. 12-13), además de subestimar la capacidad marinera de los fenicios, plantea una serie de dificultades que no parecen haber sido tenidas en cuenta. En primer lugar, y desde un punto de vista estrictamente metodológico, no parece oportuno rechazar la autenticidad histórica de las tradiciones clásicas relativas a la fundación de Gadir, en base a análisis como el realizado por Bunnens («Le rôle de Gades...», *cit. supra*, pp. 187-188) que denuncian su carácter tardío y su asociación en época helenística con otros mitos y leyendas relativos a Occidente, como los relacionados con la Guerra de Troya y los sucesores de Hércules, para aceptar poco después sin discusión de ningún tipo la autoridad como fuente de un documento tan problemático y controvertido, amén de mucho más tardío, como resulta ser la obra de Avieno. Pero si, como piensa Bunnens (*cit. supra*): «la doble asociación de los fenicios con Heracles, de una parte, y con los tiempos posteriores a la guerra de Troya, por otra, será retenida y utilizada por otros autores —(además de Estrabón)— para situar en cronología absoluta la fundación de los primeros establecimientos fenicios en Occidente» (p. 188), el hecho de que para el Norte de Africa se escogiera Utica y no Cartago, mucho más ilustre que aquélla, puede significar que, de un lado la aparición de esta última era un acontecimiento bien conocido, ocurrido sin duda en el último cuarto del siglo IX a. C.⁴, por lo que no se prestaba a tales manipulaciones, si bien hubo algunos intentos; o que Utica era ciertamente una fundación más antigua como expresamente indica el testimonio del pseudo-Aristóteles (*De mirab. ausc.* 134), que según parece tuvo acceso a fuentes fenicias. Las mismas que, al parecer, inspiraron la noticia de Timeo sobre Cartago.

En segundo lugar, el relato sobre la fundación de Gadir recogido por Poseidonio y transmitido por Estrabón (III, 5, 5), con sus *dos* intentos fallidos y no *tres* (Aubet, p. 13), difícilmente puede reflejar «un problema de navegación», ya que en dicho relato el Estrecho habría sido cruzado en al menos dos ocasiones de las tres que narra. En tercer lugar, admitir que durante los meses del año en que el predominio de los vientos de poniente imposibilitaba la navegación por el Estrecho, el tráfico entre Tartessos y los enclaves fenicios del litoral mediterráneo se realizaría por la ruta interior señalada por Avieno, implica igualmente algunos problemas anejos, pues sería la primera vez que en estas condiciones un comercio terrestre resultara más rentable que otro marítimo, y además, tal y como recoge la propia Aubet en alguna otra ocasión⁵, y se encarga de señalar nuevamente P. Gassul desde estas mismas páginas («Problemática en torno a la ubicación de los asentamientos fenicios en el sur de la península», *AO*, IV, 1986, pp. 193-202) no existe prácticamente evidencia arqueológica de relaciones intensas entre estos asentamientos y su hinterland inmediato, lo que no encaja muy bien

⁴ J. Alvar; C. G. Wagner, «Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago», *Gerión*, 3, 1985, pp. 79 ss.

⁵ «Algunas cuestiones...» (*cit. n. 1*), p. 84.

con la interpretación propuesta (p. 194). Finalmente, puesto que en el texto de Avieno, Gadir y Tartessos se identifican, bien pudieran ser que el susodicho camino enlazara Gadir con Málaga, lo que viene a encajar mejor con la distancia en días que proporciona el poema.

Tampoco es del todo cierto, como sostiene Aubet, que «tal como sugiere Bunnens en este mismo volumen, las características del enclave comercial y su situación geográfica contradicen la hipótesis según la cual Gadir ejerció como centro primario en la expansión fenicia hacia el sur de España» (p. 12), ni implica en modo alguno que la aparición de aquella no sea anterior a la de asentamientos como Morro de Mezquitilla o Toscanos. Pero permitásenos citar al mencionado autor («Le rôle de Gades...», *cit. supra*): «La existencia probable de una fase precolonial de la expansión fenicia permitiría imaginar que la ocupación de Gades por los fenicios se remonta a un período anterior al siglo VIII. Y ello explicaría la situación excéntrica de la ciudad en relación a los establecimientos fenicios de los siglos VIII y VII a. C. Anterior a estos últimos y respondiendo a otras necesidades, la primitiva instalación de Gades habría ocupado no un lugar propicio a la vida de una pequeña comunidad colonial, sino un lugar desde el que los contactos eran fáciles con las poblaciones del legendario Tartessos... La posición de Gades es original a más de un título. Si las noticias de los autores griegos y latinos no parecen contribuir a nuestro conocimiento de sus orígenes, la situación geográfica de la ciudad, en la margen del territorio de la civilización tartésica y relativamente alejada de las estaciones fenicias de la costa andaluza, señala su singularidad. *No parece haber nacido del mismo movimiento que ha suscitado la fundación de Toscanos y otros sitios análogos*»* (p. 192). Además, el mismo Bunnens señala que las dificultades inherentes en torno a las tradiciones clásicas sobre la fundación de Gadir no excluyen evidentemente la posibilidad de que «sea realmente una fundación antigua. Simplemente las informaciones de los autores antiguos son difíciles de utilizar para afirmarlo» (p. 189).

Y puesto que hablamos de *precolonización*, en cuyo caso las noticias sobre las más antiguas fundaciones fenicias en Occidente no serían sino su eco, no está en lo cierto Aubet cuando afirma que trabajos como los de Bunnens⁶ y Täckholm⁷ «pueden considerarse *definitivos** al haber mostrado de forma convincente por el término bíblico —(Tarsis)— *nunca** designó al remoto Occidente» (p. 14). Por el contrario las conclusiones de estos autores no son tan excluyentes. Piensa el primero de ellos, si no hemos leído mal su obra, en la hipótesis de que Tarsis se refiera a una región indeterminada de Occidente, sino al Occidente en su conjunto; las «naves de Tarsis» serían entonces barcos

* El subrayado es nuestro.

⁶ *L'expansion phénicienne...* (*cit. n. 3*), pp. 331-348.

⁷ «Tarsis, Tartessos und die Säulen des Herakles», *Opuscula Romana*. 5. 1965, pp. 143-160; *idem.*, «El concepto de Tarsich en el Antiguo Testamento y sus problemas». *Symposium Int. de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, pp. 79-90; *idem.*, «Neue Studien zum Tarsis-Tartessos-Problem», *Opuscula Romana*, 10, 1974, pp. 41-57.

conocidos por comerciar en esta dirección⁸. Pero ello no excluye la posibilidad de que tanto en un caso como en el otro el término bíblico no contuviera en realidad una alusión a la Península Ibérica; sencillamente no lo podemos afirmar ni negar. Para el segundo de los citados autores, Tarsis habría gozado de una primitiva localización en el Mar Rojo para comenzar a ser situado desde el siglo VIII a. C. en Occidente⁹. No obstante su hipótesis, basada fundamentalmente en el ambiente geográfico que acompaña a las primeras menciones a Tarsis en los textos bíblicos ha sido recientemente refutada¹⁰, y parece lógico acordar que si las primeras grandes navegaciones fenicias mencionadas por la Biblia tienen por escenario el Mar Rojo, la experiencia necesaria para llevarlas a cabo habría de haber sido necesariamente adquirida en el Mediterráneo, pues es éste y no el otro el ámbito natural de expansión marítima para los fenicios. Además en estas navegaciones se cita usualmente a las «naves de Tarsis», o sea las embarcaciones fenicias que habían adquirido su experiencia navegando por el Mediterráneo, lo cual significa que Tarsis debía estar en este mar, y tan solo en una ocasión se menciona el topónimo Tarsis como destino de tales periplos (II *Crónicas*, 20, 35-37), y ello debido a una mala interpretación del redactor del texto¹¹.

Por lo demás, en contra de su carácter presuntamente definitivo se alzan los nuevos estudios publicados al respecto. Así, mientras que para Alvar¹² Tarsis no es en la Biblia el nombre propio de un lugar determinado, sino más bien un concepto abstracto que hace referencia a una realidad geográfica ambigua: un extremo occidente nebuloso para los hebreos que sólo lo conocían a través de las referencias de los marineros y comerciantes fenicios, M. Koch¹³ no duda, sobre la base de argumentos histórico-filológicos, acerca de la identidad Tarsis/Tartessos. Lo mismo defiende desde las páginas que comentamos Tsirkin («The Hebrew Bible...», *cit. supra.*) para quien el bíblico Tarsis simboliza el fin del mundo conocido, esto es: el extremo occidente mediterráneo, como él advierte en los textos de *Isaías* (XXIII, 6), *Jonás* (I, 3), *Ezequiel* (XXVII, 12) y *Salmos* (LXXII, 8-11), reforzando la argumentación basada en estos testimonios con la inscripción de Asarhaddon¹⁴ en la que *Tar-si-si* es nombrada después de *Ia-ad-na-na* (Chipre) y *Ia-man* (¿Rodas?), como ya habían advertido Tyloch¹⁵ y Bunnens¹⁶: «Evidentemente, los dos confines del Mediterráneo son mencionados aquí —uno es Chipre (Ia-da-na-na), el otro— Tarshish, el auténtico occidente de este mar» (p. 181). También en el segundo de estos dos volúmenes que comentamos, W. Röllig («Contr-

⁸ Bunnens, *L'expansion phenicienne...* (*cit. n. 3*), p. 348.

⁹ Täckholm, *cit. n. 7*.

¹⁰ J. Alvar, «Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico», *RSF*, X, 2, 1982, pp. 211 ss.

¹¹ «Aportaciones...» (*cit. n. 10*), pp. 224-225.

¹² *Ibid.*, p. 229.

¹³ *Tarschisch und Hispanien: Madrider Forschungen*, XVI, berlin, 1984.

¹⁴ *ARAB*, II, 170; *ANET*, p. 290 a.

¹⁵ «Le problème de Tarsis à la lumière de la philologie et de l'exégèse», *Deuxieme Congrès International d'Etude des Cultures de la Méditerranée Occidentale*, II, Argel, 1978, pp. 47-48.

¹⁶ *L'expansion phenicienne...* (*cit. n. 3*), p. 341.

bución...», *cit. infra.*) piensa que todos estos testimonios de la legendaria tierra de Tarsis «hacen altamente verosímil que ya tempranamente, en plena actividad de la expansión de los fenicios por el Mediterráneo, éstos pusieran los ojos en la península Ibérica y que «las naves de Tarsis» hicieran con gusto escala en ella debido a su riqueza en minerales» (p. 51). En fin, nosotros mismos hemos sucumbido también a la tentación de presentar nuestra pequeña aportación al problema abogando por una localización occidental, y no excluyente, de Tarsis sin atrevernos a más precisiones¹⁷. En cualquier caso, dada la profusión de interpretaciones en uno y otro sentido no sería del todo inconveniente abandonar de momento la cuestión del Tarsis bíblico, hasta la aparición de nuevos elementos de juicio, como argumento para probar o negar las navegaciones fenicias hacia Occidente desde el siglo X a. C. Aunque, como señala Moscati (*RSF*, XI, 1, 1983, p. 5), es aceptable la propuesta de Alvar, según la cual Tarsis sería el extremo Occidente y hacia él navegarían los fenicios con anterioridad a mediados del siglo X a. C.

Pero ¿qué es y qué implica *precolonización*? Sin duda, visitas intermitentes y contactos esporádicos que no precisan de una gran infraestructura propia ni de base material desarrollada. Y sin embargo Aubet confunde precolonización con presencia estable cuando afirma que dada la ausencia en Occidente de cerámica tiria anterior a la de los estratos V-IV de la estratigrafía de Tiro (760-740 a. C.) y de importaciones fenicias en el hinterland inmediato al área de los establecimientos fenicios andaluces con anterioridad al siglo VIII a. C. «podemos, pues, hablar con rigor de *instalación** fenicia solo a partir del siglo VIII a. C., ateniéndonos a la evidencia mencionada» (p. 15). Por otra parte, es bien evidente, como subraya aquí mismo J. de Hoz («Escritura fenicia...», *cit. infra.*) que «por encima de los datos, en sí demasiado imprecisos o insuficientes, actúan aquí concepciones previas de cada investigador sobre lo que es históricamente posible, sobre las condiciones generales de aquella época, y sobre el grado en que ciertos acontecimientos históricos dejan huella arqueológica. Personalmente creo que la demostrable importancia de la colonización fenicia a fines del siglo VIII exige un considerable período de preparación previa, y que las fuentes sobre la fundación de Cádiz, si no deben ser tomadas al pie de la letra, si presuponen claramente la prioridad de esta colonia sobre las restantes» (p. 81).

Respecto precisamente a *las condiciones generales de la época* y a lo que es *históricamente posible* continúa la línea argumental expuesta por Aubet (pp. 15-17), no sin por ello dejar algunas cuestiones poco despejadas. Así, el que en los anales de Tiglat-Pilaser I Tiro mereciera escaso o ningún interés entre las ciudades portuarias de la costa fenicia no implica necesariamente su falta de importancia. De hecho, la inscripción de este monarca menciona localidades situadas todas ellas al norte de Tiro —«recibí el tributo de Biblos, Sidón y Arados»¹⁸, lo que también puede ser interpretado de otras maneras: que la

* El subrayado es nuestro.

¹⁷ «Tartessos y las tradiciones literarias», *RSF* XIV, 2, 1986, pp. 202 ss.

¹⁸ *ARAB*, I, 302, *ANET*, p. 275.

expedición del monarca asirio no haya penetrado más hacia el sur por motivos que desconocemos, o que por el contrario fuera la importancia de Tiro y no su falta de ella la que impidiera que figurara como tributaria del soberano de Asiria. En cualquier caso textos bíblicos que narran sucesos contemporáneos (*Josué*, XIX, 29, *Samuel*, XXIV, 7) aluden a su carácter de «fortaleza», y en el relato de Unamón¹⁹ se la menciona asimismo, aunque debido al estado fragmentario del papiro no se conservan más detalles²⁰. Por otro lado puede resultar una simplificación inconveniente pensar sólo en Tiro como responsable única de los inicios de la expansión marítima de los fenicios. Como observa Maluquer («La dualidad comercial fenicia y griega en Occidente», *AO*, IV, 1986, pp. 203-210): «con los datos actuales no parece que existan dudas de que los fenicios fueran los únicos mercaderes en Occidente del siglo X a mediados del VIII a. C. Si admitimos la tradición escrita estos fenicios son los tirios, pero si se tiene en cuenta la primitiva trayectoria fenicia hacia el Egeo, no podemos descartar la presencia de fenicios procedentes de otros núcleos urbanos de la costa Siria y pensamos por ejemplo en los sidonios tan presentes en la tradición homérica» (p. 205). No resultaría por ello difícil admitir que Sidón, que por aquel entonces parece haber sido la ciudad fenicia más importante, hasta el punto de hacerla participe la Tradición de una repoblación de la propia Tiro²¹, haya tenido una activa participación en las primeras empresas marítimas occidentales, y que, más tarde, debido a la posterior importancia que llegó a alcanzar Tiro, ésta monopolizase en su provecho el recuerdo de aquellas aventuras tempranas. No sería el primer caso conocido.

Continuando en la línea de lo *históricamente posible* cabe no exagerar, en contra de lo que opina Aubet, la importancia de las primeras expediciones marítimas fenicias en el Mar Rojo, pues como se ha dicho antes, éste no constituye su medio marítimo natural, y es sólo a partir del acercamiento a Israel, profundamente impregnada de la cultura fenicia²², que técnicos y especialistas procedentes de las ciudades de Fenicia empiezan a participar en las expediciones conjuntas hacia el país de Ofir y las lejanas tierras de Saba. Existen, además, suficientes indicios, al margen de las noticias sobre la aparición de los primeros asentamientos fenicios en Occidente, como son las propias tradiciones recordadas por los griegos, que sugieren una temprana penetración fenicia en el Mediterráneo²³, que de cualquier forma no sería posterior al siglo IX a. C.²⁴. Por otra parte, si como leemos más adelante (M.

¹⁹ *ANET*, pp. 25-29.

²⁰ Cfr.: N. Jidejian, *Tyre through the Ages*, Beirut, 1969, p. 26.

²¹ S. Moscati, *The world of the Phoenicians*, Londres, 1973, pp. 28-29; W. F. Albright, «The Role of the Canaanites in the History of Civilisation», *The Bible and the Ancient Near East*, Nueva York, 1961, p. 347.

²² G. Garbini, «Chi erano i Fenici?», *I Congresso...* (cit. n. 1), vol. 1, p. 31, cfr.: *id.* «I sigilli del regno de Israele», *Oriens Antiquus*, XXI, 1982, pp. 163 ss.

²³ Jidejian, *Tyre...* (cit. n. 20), pp. 33-37.

²⁴ J. N. Coldstream, «Greeks and Phoenicians in the Aegean», *Phönizier in Westem: Madrider Beiträge*, 8, 1982, p. 263.

G. Amadasi Guzzo-P. G. Guzzo, «Di Nora di Eracle gaditano e della più antica navigazione fenicia», *AO*, IV, 1986, pp. 59-68) las inscripciones de Nora y Bosa, en virtud de su análisis paleográfico, no deben ser más antiguas del 830 a. C. y no pueden ser más recientes del 740-30 a. C., con una posible mayor antigüedad de Nora II respecto a Nora I (p. 66), y si estamos de acuerdo en que pueden ser interpretadas como un signo de la firme presencia fenicia en Cerdeña dentro del conjunto de acontecimientos que durante el siglo VIII a. C. condujo a la estabilización de las colonias fenicias y griegas en el Mediterráneo Occidental (p. 67-68), parece lógico presuponer una fase anterior de navegaciones y contactos. Las causas de esta penetración seguramente tuvieron mucho que ver, como hemos expuesto en otra parte²⁵, con la necesidad de los fenicios de diversificar su producción manufacturera con el fin de obtener medios de intercambio que les posibilitaran el acceso a los recursos agrícolas de los países del entorno²⁶. Pero esta necesidad era ya un imperativo en pleno siglo X a. C. tal y como denuncian los textos bíblicos (I Reyes, 5, 11; II Crónicas, 2, 7-9)²⁷.

Durante esta primera época de la expansión fenicia, que hemos dado en llamar precolonización, lo *históricamente posible* no radica en la aparición de núcleos de asentamientos capaces de dejar una amplia huella arqueológica. A este respecto, Diodoro (V, 35, 3-5) nos recuerda, como advierte Tsirkin («The Hebrew Bible...», *cit. supra.*, p. 181), que los contactos de los fenicios con la Península Ibérica se habían iniciado antes que la aparición de colonias. Si además Aubet reconoce una semejanza entre el proceso colonizador fenicio y la colonización euboica (p. 15) resulta aún más extraña su negativa a admitir para el primero la existencia de una etapa previa de precolonización que tan importante papel desempeñó en la segunda. Admite por otro lado la autora que Tiro tuvo conocimiento preciso de la riqueza de Tartessos lo cual fue motivo de la aparición de los asentamientos fenicios en las costas peninsulares²⁹; pero ¿cómo, si se niega la precolonización? Claro está que todo ello tiene que ver con lo que cada uno piensa sobre *el grado en que ciertos acontecimientos históricos dejan huella arqueológica* y en este sentido no es de extrañar que para los arqueólogos pueda resultar enojoso pensar en términos de sucesos históricos que escapan a su verificación. Ello tiene que ver también con lo que podamos entender por *huella arqueológica*, más allá del positivismo estricto, y así no faltan investigadores que opinan que las reacciones observadas en el medio autóctono durante el período del Bronce Final responderían a un estímulo de índole precolonial anterior a la aparición de asentamientos fenicios de carácter estable²⁸. Otros, como hace desde aquí mismo, Fernández Miranda («Huel-

²⁵ C. G. Wagner; J. Alvar, «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola», (en prensa).

²⁶ Cfr.: W. Röllig, «Die Phönizier des Mutterlandes zur Zeit der Kolonisierung», *Phönizier im Westen* (cit. n. 24), pp. 24-26.

²⁷ S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Turín, 1972, pp. 66-67; Röllig, «Die Phönizier...» (cit. n. 26), pp. 22-25.

²⁸ M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura*, Valencia,

va...», *cit. supra.*), creen reconocer algunos vestigios de aquellos primeros contactos, como sería el muro fenicio hallado en el Cabezo de San Pedro con una posible datación en el siglo IX a. C. (p. 236), y se muestran en general partidarios de la precolonización (pp. 237-239). Finalmente, parece evidente que no cabría esperar la localización de un amplio registro arqueológico sí, como piensa Tsirkin (*cit. supra.*) «el carácter de los primeros contactos fenicios con España cuando las partes interesadas entraron en un tráfico mudo o silencioso sin considerable influencia cada una de la otra» (p. 181) fue el predominante. Pese a todo, Aubet considera que el área de ocupación y la arquitectura presentes en las primeras etapas de asentamientos como Toscanos, Mezquitilla y Chorreras hipotecan «la validez de la hipótesis según la cual la primera generación de colonos fenicios llegados a la costa de Andalucía estaría constituida tan solo por un grupo de mercaderes y marineros aventureros; más bien cabría hablar a la vista de los datos arqueológicos, de un contingente de población inicial relativamente importante, organizado y socialmente complejo» (p. 18). No obstante las huellas de una ocupación previa más débil, o tan solo de una frecuentación, caso de existir, han podido ser borradas por la superposición de los estratos posteriores. En definitiva, se trata de articular una interpretación de acuerdo con lo *históricamente posible* o de atenerse sin más a los resultados del positivismo arqueológico.

Los asentamientos, sus características y naturaleza es otra cuestión prolijamente tratada en ambos volúmenes. Comenzando con la propia Gadir, a quien J. L. Escacena («Gadir», *AO*, III, 1985, pp. 39-52) dedica una útil monografía en la que se aborda la reconstrucción, a la luz de recientes estudios, como los de Corzo y Ramírez citados por el propio autor (p. 39, notas 1 y 3; 40, notas 11 y 12), de la antigua topografía del archipiélago gaditano. Es de esta forma que se aprecia la existencia de un antiguo brazo de mar, hoy cegado, de modo que lo que actualmente es tierra firme sin solución de continuidad constituía en la Antigüedad un conjunto de pequeñas islas de las que destacaban tres principales. De éstas, las dos más occidentales fueron las escogidas por los fenicios: en la mayor, *Kotinousa*, alzaron el templo de Melkart, considerado por el autor, que sigue a Bunnens en este punto²⁹, como el lugar en que se custodiaban los beneficios del comercio, se ofrecía derecho de asilo, actuando como vínculo entre los asentamientos coloniales y la metrópoli. La menor, *Erytheia*, dio cobijo a la primitiva ciudad (pp. 42-43). El salto urbano desde el asentamiento original en *Erytheia* a *Kotinousa*, responsable en buena medida de la destrucción de las necrópolis arcaicas, y «hasta entonces ocupada únicamente por viejos enterramientos y por el santuario de Melkart, y cubierta de olivos silvestres

1977, pp. 491-496; H. G. Niemeyer, «Anno octogesimo post Troiam captam... Tyria classis Gadis condidit? Polemische Gedanken zum Gündungsdatum von Gades (Cádiz)», *Hamburger Beiträge zur Archäologie*, 8, 1981, pp. 21-24; S. Moscati, «Precolonizzazione greca e precolonizzazione fenicia», *RSF*, 11, 1, 1983, pp. 4-7.

²⁹ *L'expansion phénicienne...* (*cit.* n. 3), pp. 158, 283 y 285.

como su nombre indica» (p. 47) parece que sucedió ya en época romana y es una de las razones que explicaría la escasez de vestigios correspondientes a los primeros tiempos de ocupación del lugar.

Almuñecar, la antigua *Sexi*, y el primer establecimiento fenicio que fue descubierto en la Península ha merecido la atención de sus dos principales excavadores, M. Pellicer Catalán («Sexi fenicia y púnica», *AO*, III, 1985, pp. 85-107) que glosa la historia del descubrimiento y de las posteriores investigaciones, y F. Molina Fajardo («Almuñecar a la luz de los nuevos hallazgos fenicios», *AO*, III, 1985, pp. 193-208) quien expone los últimos hallazgos así como las inminentes perspectivas para próximos trabajos en una síntesis de marcado tinte localista. De especial interés resulta la elevación de la cronología inicial hasta el siglo VIII a. C. en virtud de ciertos hallazgos de cerámicas de barniz rojo (Pellicer, p. 91-92) y de indicios de un hábitat detectado que se remontaría a la misma fecha (Molina, p. 195 y 198), con lo que la vieja *Sexi* pasa a relacionarse con el mismo horizonte que caracteriza la aparición de otras fundaciones de igual época, como Toscanos o Mezquitilla, lo que contradice forzosamente nuestra reciente hipótesis sobre una subcolonización procedente de Cartago en la misma época que el establecimiento de una colonia en Ibiza³⁰. Los testimonios procedentes de las dos necrópolis excavadas, aquella de «Laurita» y la más recientemente de Puente Noy, —hay una tercera detectada pero aún no sometida a investigación— hablan en favor de una población «abigarrada y heterogénea» (Pellicer, p. 96) dotada de un elevado nivel de vida material y de diversa procedencia como sugiere la presencia de inhumaciones e incineraciones en el contexto de los rituales funerarios observados (Molina, pp. 201 y 202). Este es un dato de gran interés, ya señalado con anterioridad respecto al conjunto de la presencia fenicia en la Península³¹, y desde estas mismas páginas J. M. Blázquez («El influjo...», *cit. infra.*) insistirá una vez más en la presencia de influencias procedentes del Norte de Siria detectables en el alfabeto, las fíbulas de doble resorte, la estatuilla de Galera, los relieves de Pozo Moro, las Astartés de Cástulo y los túmulos sepulcrales del S.O.» (pp. 164-165).

Toscanos, el yacimiento fenicio hasta ahora mejor conocido del litoral peninsular, merece también un tratamiento acorde con su importancia que ha corrido a cargo de uno de sus mejores conocedores, H. G. Niemeyer («El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función», *AO*, III, 1985, pp. 109-126). Cabe resaltar la expansión del área del asentamiento fuera de los límites del núcleo inicial en torno a comienzos de la segunda mitad del siglo VII a. C. (p. 116), así como la presencia de restos de instalaciones metalúrgicas en la pendiente oriental del Cerro del Peñón que vienen a sumarse a los

³⁰ C. G. Wagner, «Cartago y el Occidente: una revisión crítica de la evidencia arqueológica y literaria», *In Memoriam Agustín Díaz Toledo*, Granada, 1986, p. 443, n. 13b.

³¹ Negueruela Martínez, «Sobre la cerámica...» (*cit. n. 3*), p. 350; J. P. Garrido Roiz, «Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de Huelva (La Joya)», I Congreso... (*cit. n. 1*), vol. 3, p. 857; cfr.: E. Lipinski, «Vestiges phéniciens d'Andalousie», *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 15, 1984, pp. 81 ss.

testimonios sobre la fabricación de púrpura (p. 117). La existencia de casas construidas al mismo tiempo que el edificio comúnmente designado como «almacen», y de categoría inferior hasta el punto de ser calificadas como «chozas» o «cabañas» es interpretada aquí como posibles vestigios de viviendas del personal subalterno: «quizás viviendas del personal del almacén» (p. 116), aunque cabe otra interpretación posible que validaría así la hipótesis expuesta hace una década por Whittaker³², si consideramos que pueden ser testimonio de la presencia más o menos estable de autóctonos dentro del área del asentamiento fenicio.

El yacimiento de Morro de Mezquitilla, el más antiguo por ahora de todos los asentamientos fenicios excavados hasta la fecha en la Península, y cuya vida se prolonga desde el 750, sino antes, hasta alcanzar el siglo I a. C., merece de una síntesis detallada cuya realización a corrido a cargo de H. Schubart («El asentamiento fenicio del siglo VIII a. C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)», *AO*, III, 1985, pp. 59-79). Es interesante destacar que el estrato superior correspondiente a los niveles de ocupación del Calcolítico —posteriormente el sitio fue según parece abandonado por la población local— fue nivelado para la construcción de los edificios de la primera fase del poblado (p. 64), lo que ha podido muy bien contribuir a borrar, en caso de subsistir, los escasos testimonios de una frecuentación de índole precolonial anterior. Al igual que en Toscanos han aparecido aquí talleres metalúrgicos y hornos que pueden ser interpretados como parte de instalaciones «para refundir y elaborar el metal o eventualmente de una herrería. Queda demostrado, por tanto, que en los primeros momentos del asentamiento fenicio existió en el Morro de Mezquitilla un taller metalúrgico, cuya importancia para la historia de la economía de este lugar es evidente» (p. 63). Especial dificultad entraña la presencia «en el más antiguo momento del poblado» de determinadas cerámicas —ollas— fabricadas a mano (pp. 66 y 74) que por su manufacturación, cocción y colorido podrían adscribirse «al lote prehistórico de la cerámica hallada en los asentamientos fenicios, sobre todo en sus estratos más antiguos, si estas formas no faltaran por completo en los estratos correspondientes de la cronología de los poblados del Bronce Final situados en el hinterland, de modo que habrá que considerarlas como de fabricación propia, hechas a mano, de carácter fenicio» (p. 78) (?).

La discusión en torno al *carácter de estos asentamientos* es prolífica. Para Aubet («Los fenicios en España... *cit. supra.*») no pueden ser estrictamente considerados como factorías y parecen más bien responder a la categoría de colonias (pp. 27-29), si bien Niemeyer («El yacimiento fenicio de Toscanos...» *cit. supra.*) matiza al respecto que, de acuerdo con los criterios establecidos por F. Kolb³³ y que él utiliza en su estudio, asentamientos como el de

³² «The Western Phoenicians: Colonisation and Assimilation», *Proceedings of The Cambridge Philological Society*, 200 (n. 20), 1974, pp. 71-72.

³³ *Die Stadt im Altertum*, Munich, 1984. pp. 99 ss.

Toscanos se encontrarían más bien en el límite de alguno de los requisitos necesarios, como el volumen demográfico, para ser considerados como «ciudad» (p. 117), mientras que por otra parte no queda tampoco constancia de la existencia de «un estilo de vida urbano» (*Ibid.*), ni de que el asentamiento ejerciera una función «urbana» sobre su entorno (p. 120), por lo que provisionalmente deberían seguir siendo denominados como «factorías» (p. 124). Para Niemeyer, interesado no sólo en la función estructural y económica, sino también —de acuerdo con la mejor tradición alemana— en los aspectos urbanísticos y monumentales de estos asentamientos, lo que le lleva a dejar de lado conceptos como los de «port of trade» o «trading port», sólo muy recientemente incorporados en nuestra bibliografía sobre las colonizaciones antiguas³⁴, el único ejemplo, dentro de la expansión fenicia en el Mediterráneo, que desde fechas relativamente tempranas merecería el apelativo de «ciudad» sería aquél de Cartago. Establece para ello su fundamento en el hecho de que a su juicio «no puede ser mera casualidad que dentro del marco de los asentamientos fenicios en el oeste poseamos sólo para Cartago una leyenda de fundación, una leyenda entremezclada con elementos históricos verdaderos» (p. 123), lo cual no es exactamente cierto pues no contempla la leyenda sobre la fundación de Gadir, ni el que la propia fama que llegó a adquirir la gran ciudad púnica norteafricana, y también en menor medida la misma Gadir, haya podido contribuir de forma importante a la preservación de un relato sobre sus orígenes, habiéndose podido perder por el contrario aquellos otros relativos a algunos de los demás asentamientos. Pero Niemeyer desarrolla una interpretación sobre la fundación de Cartago que, sin ser reciente ni original³⁵, ni estando apoyada en aparato crítico alguno, por lo que adquiere más bien la forma de una reflexión particular sobre el asunto, le permite concluir que sólo Cartago puede considerarse propiamente como una «ciudad» ya que presenta desde muy pronto una población «completa» con una clase noble gobernante capaz de regir de forma independiente los destinos de su comunidad (p. 124). Bajo este punto de vista subyacen, no obstante, algunas consideraciones que merecen especial atención: no está totalmente claro, en principio, que la expansión fenicia y su ulterior desarrollo en el contexto colonial obedeciera directrices centralizadas desde alguna de las metrópolis orientales, lo que en alguna ocasión ha dado lugar a hablar de un «imperio» fenicio dirigido desde Tiro, como también leemos aquí más adelante (Arteaga-Paduó-Sanmartí, «La expansión fenicia... *cit. infra.*, p. 314). Por el contrario se han ofrecido argumentos de peso en favor de un mayor policentrismo³⁶. Por otro lado,

³⁴ J. Arce, «Colonización griega en España: algunas consideraciones metodológicas», *AEArq.*, 52, 1979, pp. 105 ss.

³⁵ B. H. Warmington, *Storia di Cartagine*, Turín, 1973, pp. 22-23; Whittaker, «The Western Phoenicians...» (*cit. n. 32*), pp. 67; P. Cintas, *Manuel d'archéologie punique*, I, París, 1970, pp. 219 ss.; Alvar-Wagner, «Consideraciones...» (*cit. n. 4*), pp. 83 ss.

³⁶ G. Garbini, «I fenici in occidente», *Studi Etruschi*, 34, 1966, pp. 111 ss.; Whittaker, «The Western Phoenicians...» (*cit. n. 32*), pp. 58 ss.

¿acaso las necrópolis de Ebusus, a quien J. H. Fernández («Necrópolis del Puig des Molins (Ibiza): nuevas perspectivas», *AO*, III, 1985, pp. 149-175) dedica su atención, con su extraordinaria representación de estructuras y rituales funerarios distintos no señalan esa diversidad de ambiente socio-económico que caracteriza a la población de una «ciudad»?; cuyos orígenes, dicho sea de paso, parecen poder atribuirse cada vez con mayor seguridad al siglo VII a. C., según pone de manifiesto el estudio de determinados materiales arcaicos (p. 171), corroborando de esta manera las noticias recogidas por la tradición literaria. ¿No son algunas de las tumbas «principescas» de Almuñécar y Trayamar testimonio de la presencia en estos asentamientos de una «élite» dirigente claramente diferenciada del resto de la población por su propio estilo y nivel de vida como reflejan sus sepulturas? ¿No son ciudades acaso Motia, Tarros, Ebusus, etc.?

La cuestión no plantea mayores dudas para Pellicer («Sexi... *cit. supra.*») que no vacila en utilizar el apelativo de «colonia» (p. 92). Por su parte, Bunnens («Le rôle de Gades... *cit. supra.*») recalca que la presencia bien constatada de actividades diversificadas en todos estos asentamientos excede ampliamente de las ocupaciones específicas de una factoría comercial, papel para el que Gadir en un principio parece mejor dotada (p. 191). Y en opinión de J. M. J., Gran Aymerich («Málaga, fenicia y púnica», *AO*, III, 1985, pp. 127-147) Malaka, cuyo nombre, como apunta E. Lipinski («Guadalhorce... *cit. infra.*»), podría significar «etapa» o «escala» (p. 85), y en la que el citado autor distingue una fase fenicio-púnica (inicios del siglo VI-inicios del V a. C.) seguida de otra propiamente púnica (siglo V avanzado a fines del III a. C.) y otra púnico-romana (fines del siglo III a mediados del I a. C.) (p. 137), se configuró como ciudad desde sus orígenes que, de acuerdo con los restos detectados, si bien una investigación arqueológica programada no ha sido llevada a cabo sino a partir de 1980, se remontarían al siglo VI a. C. Al parecer de este autor «el abandono del hábitat del Guadalhorce y de otras instalaciones de la costa, como Toscanos, correspondería a la aparición de Malaka. De confirmarse este hecho, tendríamos uno de los mejores ejemplos en esta región del paso de un emporio a la fundación de una ciudad» (pp. 144-145). Claro que ello tiene también que ver con la adscripción fenicia del topónimo *Cartima*, mencionado por las fuentes de época romana (Livio, XI, 47, 2; cfr.: *CIL* II, 1949-1962 y 5488) y que al parecer es idéntico al nombre de la localidad sidonia de *Qar-ti-im-me* («villa sobre el mar») conquistada por Asarhaddón en el 667 a. C.³⁷. Pero como quiera que esta localidad es localizada en Cartama³⁸, sobre una colina que domina el Guadalhorce a unos 20 km de su desembocadura, se plantea el problema de su posible desplazamiento, como piensa Lipinski («Guadalhorce... *cit. infra.*») «en el momento de abandono del emplazamiento costero. El caso no sería el único» (p. 86).

³⁷ Lipinski, «Vestiges phéniciens...» (*cit. n. 31*), p. 119.

³⁸ A. Tovar, *Iberische Landeskunde, II, 1, Baetica*, Baden-Baden, 1974, p. 132.

Ahora bien, el debate sobre la naturaleza de los establecimientos fenicios en la Península nos lleva a conectar directamente con aquel otro de su *función*, que a su vez está íntimamente relacionado con una cuestión de importancia, tal como es la de los *móviles o causas de la presencia fenicia* en nuestras costas. De tal forma que mientras unos investigadores señalan la prioridad del comercio acompañado de algunas manufacturas, como la púrpura o las salazones (Pellicer, «Sexi... *cit. supra.*, p. 94; Niemeyer, «El yacimiento fenicio de Toscanos... *cit. supra.*, p. 117; Molina Fajardo, «Almuñecar... *cit. supra.*, p. 201), otros, en cambio, sostienen (Bunnens, «Le rôle de Gades... *cit. supra.*, p. 192) que el comercio no es más que una de las tantas actividades que se realizan en estos centros. Ello parece más acorde con la ya señalada escasez de materiales fenicios en los lugares de ocupación autóctona del litoral mediterráneo andaluz que podrían corroborar este tráfico. Tal vez por ello sea necesario pensar en un comercio de estos asentamientos fenicios hacia otra dirección: las costas de Levante, Cataluña y el Golfo de León, ya que se señala, como hace A. González Prats desde estas páginas («Las importaciones y la presencia fenicia en la Sierra de Crevillente (Alicante), *AO*, IV, 1986, pp. 279-302) que la presencia de importaciones fenicias en la Peña Negra desde el 750/725 a. C. hasta el 550/535 a. C. obedece a un predominio comercial de las *factorías* malagueñas «sobre las gentes de la Peña Negra, y, a la vista de las características pastas del País Valenciano e Ibiza» (p. 301), como parece confirmado además por la presencia de un grafito en Morro de Mezquitilla absolutamente idéntico a otro aparecido en aquel lugar (*ibid.*). Pues bien, desde mediados del siglo VII hasta mediados del VI a. C. un comercio fenicio de aceites y vinos, a juzgar por las ánforas, que también incluía otros productos como los escarabeos, amuletos o las fibulas de doble resorte, ha dejado sus huellas sobre las costas catalanas y aquéllas del Languedoc, buscando muy probablemente las vías fluviales de penetración hacia el interior, y tal como se expone en un trabajo conjunto de O. Arteaga, J. Padró y E. Sanmartí («La expansión fenicia por las costas de Cataluña y del Languedoc», *AO*, IV, 1968, pp. 303-314) existen serias sospechas acerca de su procedencia de los asentamientos fenicios del mediterráneo andaluz (p. 311). Pero si desde casi el mismo momento en que se documenta la aparición de tales establecimientos en una zona que no proporcionará evidencia de un activo comercio local, hay pruebas también de influencia fenicia, que alcanza las tierras del País Valenciano para posteriormente penetrar aún más hacia el norte siguiendo la línea del litoral³⁹ ¿es arriesgado acaso pensar en una posible expansión gradual previamente estimulada desde Gadir y apoyada en las estaciones malagueñas que desempeñarían entonces la función, entre otras, de escalas intermedias situadas en «tierra de nadie»? Sobre todo, si tenemos en cuenta que la

* El subrayado es nuestro.

³⁹ J. Ramón, *Ibiza y la circulación de ánforas fenicias y púnicas en el Mediterráneo occidental: Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 5, 1981, p. 40 ss.

contemporánea aparición de las típicas ánforas fenicias arcaicas manufacturadas en los alfares del «Círculo del Estrecho» —presentes en estos asentamientos, así como en las restantes áreas de influencia fenicia, entre ellas el Levante, Cataluña y el Languedoc, pero raras en el resto del contexto colonial mediterráneo (Maass-Lindermann, «Vasos fenicios...», *cit. infra*, pp. 228 y 234)— indican, ante todo, la existencia de un aprovechamiento de los recursos locales, facilitado por la escasa densidad de población autóctona, que es preciso almacenar y transportar de cara a su ulterior distribución comercial. Y ello sugiere la existencia previa de una estrategia en tal sentido desarrollada desde algún centro occidental próximo⁴⁰.

Con todo, este comercio no debió de constituir seguramente más que una de las actividades desarrolladas en los establecimientos fenicios del mediodía peninsular. Por más que se esfuerza Bunnens («Le rôle de Gades... *cit. supra.*) en minimizar la importancia del factor agrícola como uno de los desencadenantes de la presencia fenicia en el contexto colonial (p. 191, n. 15), lo que fue primeramente señalado por Whittaker⁴¹, creemos que la colonización fenicia constituye un proceso mucho más complejo y diversificado que el de una pura «diáspora comercial» como la califica aquí Aubet («Los fenicios en España... *cit. supra.*, pp. 17 ss., especialmente p. 29), motivada fundamentalmente por el objetivo de obtener la plata y otros metales necesarios en Oriente, y estamos convencidos de que la demanda de tierras actuó a partir de determinado momento como un factor de importancia. Pero como quiera que hemos expuesto nuestras razones en otros sitios⁴² no parece oportuno insistir nuevamente aquí sobre ello. De cualquier forma, la argumentación de Bunnens según la cual «la propia configuración de los principales lugares, de Cartago a Gades, pasando por Motia y Nora, que los fenicios han ocupado» contradice el que la búsqueda de tierras haya podido constituir uno de los móviles de la colonización, no conduce muy lejos. En realidad la réplica a este argumento no es demasiado difícil: dejando si se quiere al margen el que otros lugares en la Península, como Toscanos, Guadalhorce, Chorreras o Almuñecar, y fuera de ella, como Sulcis, Leptis Magna o Sabratha, no contribuyen en modo alguno a reforzar su tesis, pretender que Cartago no gozaba de una excelente situación para el desarrollo de la agricultura resulta, cuanto menos, chocante. No fueron factores ambientales precisamente los que retrasaron la aparición de la gran *Chora* cartaginesa sino otros de índole muy distinta⁴³. Y que Motia llegó a poseer su propia *Chora* circundante, una vez que el primitivo asentamiento se

⁴⁰ C. G. Wagner, «Gadir y los más tempranos asentamientos fenicios al E. del Estrecho» (en prensa), *Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta, 1987.

⁴¹ «The Western Phoenicians... (*cit. n. 32*), pp. 58 ss.

⁴² Carlos G. Wagner, «Aproximación al proceso histórico de Tartessos», *AEArq.*, 56, 1983, pp. 24-29; *idem.*, *Fenicios y cartagineses en la península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983, pp. 38-47; *idem.*, «Notas en torno a la aculturación en Tátessos», *Gerión*, 4, 1986, pp. 145 ss.; *idem.*, y J. Alvar, «Fenicios en Occidente...» (*cit. n. 25*).

⁴³ C. R. Whittaker, «Carthaginian Imperialism in the Fifth and Fourth Centuries», *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge, 1978, pp. 59 ss.

trasladó a tierra firme, es algo que sabemos por las fuentes literarias (Diodoro, XI, 86, 2 ss.; cfr.: *Idem*, XIII, 63, 4 y 48, 5).

En fin, se admite, lo cual sin duda supone ya un paso adelante respecto a posturas no muy lejanas, la existencia de una agricultura de autoabastecimiento en el marco de las variadas actividades de los asentamientos fenicios, como hace Aubet (p. 28-29), Pellicer (p. 94) o el mismo Bunnens (p. 191) en línea con una tendencia reciente⁴⁴, pero se niega, a excepción de J. M. Blázquez («El influjo de la cultura semita (fenicios y cartagineses) en la formación de la cultura ibérica», *AO*, IV, 1986, pp. 165 y 171), la existencia de una motivación agrícola como un factor más de entre los desencadenantes del complejo proceso colonizador. Ello se debe, seguramente, al desconocimiento, por una parte, de las circunstancias específicas por las que atravesaba Fenicia: deforestación avanzada, escasez de tierras, presión demográfica, deterioro agrícola, devastación de las tierras de labor como parte de la estrategia militar asiria⁴⁵, y, por otra, al desenfoque provocado por el propio grado de conservación de las fuentes antiguas, ya que mientras los propios griegos hacen especial hincapié en las causas agrícolas y demográficas que condicionaron su colonización, no conservamos lo que los fenicios nos podían haber dicho acerca de los móviles de la suya. Ambos procesos no debieron sin embargo diferir esencialmente —la actividad comercial llegó a desempeñar un papel de extraordinaria importancia, como es bien sabido, en el ámbito de la colonización griega— y lo que ocurre probablemente no sea otra cosa que el que las fuentes que nos ilustran sobre la colonización fenicia son en cualquier caso indirectas —griegas— y giran generalmente en torno al carácter de las primeras navegaciones y de la más temprana presencia fenicia en Occidente. Pero las primeras empresas marítimas griegas fueron también de índole comercial.

Así las cosas, esta excesivamente simplista caracterización de la colonización fenicia en el Mediterráneo conlleva numerosas dificultades cuando no a soluciones desconcertantes. Ejemplo de estas últimas es la pretensión de explicar, como se hace aquí por parte de Gassul («Problemática... *cit. supra.*), la aparición de los asentamientos fenicios de la costa mediterránea andaluza desde la perspectiva de las dificultades de la navegación por el Estrecho (p. 195 ss.). Subestima esta autora la capacidad náutica de los fenicios lo que probablemente podría haberse corregido de haber tenido acceso a la bibliografía más reciente sobre el tema⁴⁶. Tampoco explica claramente para qué eran necesarias tantas escalas contiguas en las que poder, según ella, resguardarse de las inclemencias del tiempo «en espera del momento propicio para llevar a término las transacciones correspondientes» una vez cruzado,

⁴⁴ Cfr.: O. Arteaga, «Problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península», *Ampurias*, 38-40, 1976-1978, p. 43 n. 146; H. Schubart, «Phönizische Niederlassungen an der Iberischen Südküste», *Phönizier im Westen...* (*cit.* n. 24), p. 230.

⁴⁵ Vid. notas 25 y 26. Cfr.: M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, 1987, pp.

⁴⁶ Véase a este respecto, J. Alvar, *La navegación prerromana en la Península Ibérica: Colonizadores e Indígenas*, Madrid, 1981, pp. 66-89.

por fin, el Estrecho (p. 202). No parece en definitiva una idea muy convincente por lo que preferimos acordar con Escacena («Gadir... *cit. supra.*) que las estaciones fenicias de la costa mediterránea andaluza «no tienen por qué haber tenido en esta función la razón de su nacimiento, aunque durante el siglo y medio que duró aproximadamente su existencia, desde mediados del VIII a fines del VII a. C. (?), desempeñaran ese papel en algún momento (p. 50). Es esta misma línea general de pensamiento la que ha llevado a catalogar como «autóctonos» yacimientos manifiestamente coloniales por el simple hecho de estar situados más hacia el interior y de presentar una cierta cantidad de materiales locales o de «ambiente tartésico», que, por otra parte, no faltan tampoco, como las cerámicas, en los yacimientos fenicios de la costa, según se puede leer en distintos lugares de estas mismas páginas (Escacena, «Gadir... *cit. supra.*, p. 44; Pellicer, «Sexi... *cit. supra.*, p. 91; Gran Aymerich, «Marlaga... *cit. supra.*, p. 143; Molina Fajardo, «Almuñecar... *cit. supra.*, p. 195). Tal es el caso de Frigiliana, considerada en primer término como fenicia por sus excavadores⁴⁷, sufriendo luego una revisión que ha llevado a plantear su carácter «indígena», y cuya necrópolis, como admite Blázquez («El influjo... *cit. supra.*), presenta un parentesco muy próximo, tanto en el ritual como en los materiales, con necrópolis orientales de la costa del Líbano, como la de Khaldé (p. 170). Ahora bien, Frigiliana encuentra su réplica en La Cruz del Negro (Sevilla), yacimiento también considerado en general como «autóctono» o «tartésico» pese a la existencia de algunas voces en contra⁴⁸. Pero si los yacimientos de «ambiente puramente fenicio» del interior, por usar una descripción que nos parece sumamente adecuada⁴⁹, se consideran consecuencia de una intensa aculturación fenicia, como hace aquí Niemeyer («El yacimiento fenicio de Toscanos... *cit. supra.*, p. 120), sobre la que, por cierto, subsisten no pocas zonas de incertidumbre⁵⁰, por la sencilla razón de que no se admite una penetración agrícola tierra adentro, dado que se presupone que la búsqueda de tierras no figuraba entre los móviles de la colonización fenicia ¿cómo es posible entonces encontrar pruebas convincentes de la existencia de tal penetración? ¿Por qué ha de constituir Ibiza, con sus asentamientos agrícolas del interior, presentados ahora por C. Gómez Bellard («Asentamientos rurales en la Ibiza púnica», *AO*, III, 1985, pp. 177-191), y con una cronología desde finales del siglo VI a. C. —si bien sólo inicialmente localizados y prospectados— una excepción? Quizá por ello se considera, sin demasiada base, que su aparición puede responder a «una intensificación de la acción colonizadora, potenciada ahora desde Cartago» (p. 187).

⁴⁷ A. Arribas; J. Wilkins, «La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga), *Pyrenae*, 5, 1969, pp. 187 ss.

⁴⁸ M. Ponsich, «Influences phéniciennes sur les populations rurales de la région du Tanager», *Y Symposium...* (*cit. n.* 7), p. 181. J. J. Jully, «Présence phénico-punique en Languedoc méditerranéen et en Catalogne», *I Congresso* (*cit. n.* 1), p. 810, n. 42.

⁴⁹ J. J. Jully, «Reprochements avec Motye (nécropole) et Carthage (tophet): céramiques», *Ampurias*, 38-40, 1976-1978, pl. 386.

⁵⁰ Wagner, «Notas en torno a la aculturación... (*cit. n.* 42).

Respecto, precisamente, de *la presencia e intervención de Cartago* no son muchas las conclusiones que se pueden obtener a lo largo de estos dos volúmenes en los que la cuestión apenas es esbozada. Tal vez sea ello debido a una reciente tendencia que, apoyada en una revisión de la documentación arqueológica y literaria, a la luz también de un conocimiento más concreto de la actuación cartaginesa sobre su entorno circunmediterráneo y desde nuevos planteamientos metodológicos, tiende a minimizar el carácter «imperialista» de la expansión cartaginesa, así como a rebajar, a la vista de la evidencia, el momento de su intervención en el contexto colonial fenicio de Occidente, reconsiderando al tiempo las líneas generales de su estrategia con anterioridad al período Bárquida⁵¹. Parece, en efecto que la cerámica cartaginesa, y en concreto las ánforas que mejor pueden indicar la presencia de una penetración comercial, son muy escasas durante el período arcaico y de hecho no comienzan a llegar en mayor abundancia hasta mediados del siglo IV a. C.⁵². Incluso, y muy en relación con esta ausencia de evidencia arqueológica al respecto, se ha cuestionado últimamente el carácter originariamente cartaginés de la aparición de un asentamiento en Ibiza hacia mediados del siglo VII a. C.⁵³. Pero, no obstante este espíritu que alienta de forma importante la bibliografía reciente sobre el tema halla su contradicción desde estas páginas en apreciaciones más o menos subyacentes en algunos de los trabajos que comentamos. Así Maluquer («La dualidad comercial... *cit. supra.*») piensa en términos de «un nacionalismo semita antes desconocido en el Oeste» y de una orientación de Cartago hacia las empresas militares que cosecharía su primer fracaso en Himera lo que llevaría finalmente a los cartagineses a contentarse «con una limitación geográfica y el establecimiento de esferas de influencia que sacraliza y legaliza con el primer tratado con Roma» (p. 208), cuya transmisión atribuye erróneamente a Diodoro, si bien reconoce que su alcance ha sido ciertamente exagerado. Ninguno de estos puntos puede mantenerse a la luz de los estudios recientes⁵⁴.

Por su parte Blázquez («El influjo de la cultura semita... *cit. supra.*») admite que las denominadas «Torres de Aníbal» que aparecen en el mediodía de la Península desde el siglo V a. C. corresponden a «un tipo de construcción

⁵¹ Whittaker, «Carthaginian Imperialism...» (*cit. n. 43*), pp. 59 ss.; M. J. Pena, «La (supuesta) cláusula referente al Sudeste y al Levante peninsular en el primer tratado entre Roma y Cartago», *Ampurias*, 38-40, 1976-1978, pp. 511 ss.; Wagner, *Fenicios y cartagineses...* (*cit. n. 42*), pp. 178-249; ídem., «El comercio púnico en el Mediterráneo a la luz de una nueva interpretación de los tratados concluidos entre Cartago y Roma», *Memorias de Historia Antigua*, VI, 1984, pp. 211 ss.; ídem., «Cartago y el Occidente...» (*cit. n. 30*), pp. 437 ss.*. C. Picard; «Les navigations de Carthage vers l'Ouest. Carthage et le pays de Tarsis aux VIII^e-VI^e siècles», *Plönzien im Westem...* (*cit. n. 24*), pp. 167 ss.

⁵² Ramón, *Ibiza y la circulación...* (*cit. n. 39*), p. 42.

⁵³ P. Barcelo, «Ebusus: ¿Colonia fenicia o cartaginesa?», *Gerión*, 3, 1985, pp. 271 ss.

⁵⁴ Whittaker, «Carthaginian Imperialism...» (*cit. n. 43*); M. I. Finley, *Ancient Sicily*, Londres, 1968, pp. 59 ss.; V. Merante, «La Sicilia e Cartagine del V secolo alla conquista romana», *Kokalos*, 18-19, 1972-1973, pp. 96 ss.; Wagner, «Cartago y el Occidente...» (*cit. n. 30*). cfr.: *Gerión*, 4, 1986, pp. 350 ss.

que emplearon los cartagineses en Túnez, Argelia, Sicilia y Cerdeña» para formar un *limes* o frontera y que en nuestro caso servirían para controlar las vías de penetración a los cotos mineros de Sierra Morena (p. 174). Defiende igualmente como muy probable que la cerámica griega de finales del siglo V y primera mitad del IV a. C. encontrada en el sur de la Península haya sido introducida por los cartagineses que podrían haberla adquirido en la misma Atenas (p. 175), en contra de la tesis más generalizada de Maluquer (*cit. supra.*) para quien no existen razones objetivas que permitan atribuir a otros comerciantes no griegos la importación de cerámicas áticas en Occidente, si bien considera que Ibiza debió desempeñar un papel importante y no suficientemente aclarado en este tráfico (p. 210).

Es por todo ello que se echa más en falta la presencia de un balance de todas estas relaciones que sintetizara al menos los datos más fiables si advertimos, sobre todo, que en algún caso, como ocurre con Malaka (Gran Aymerich, «Málaga... *cit. supra.*), a la acentuada especificidad semita de sus recientes hallazgos parecen añadirse nuevos elementos, como una placa de marfil, que se interpretan en el sentido de una particular relación con Cartago (p. 144). Como se echa de menos también un balance, siquiera rápido, sobre la presencia y actuación de los Bárquidas en la Península, si bien sus consecuencias, junto a las de una anterior presencia cartaginesa, son someramente tratadas por Blázquez («El influjo... *cit. supra.*, pp. 175 ss.) en su habitual línea. Esta influencia se reconoce, por ejemplo, en la pervivencia de la lengua púnica en el Sudeste hasta alcanzar incluso los primeros tiempos de nuestra era, tal y como la documentación epigráfica presentada por J. San Martín Ascaso («Inscripciones fenicio-púnicas del sureste hispánico (I)», *AO*, IV, 1986, pp. 89-96) indica, si bien en ocasiones esta pervivencia se plasmó mediante la utilización de los signatarios locales o «indígenas» (p. 94). Se reconoce también en la aportación cartaginesa a la economía monetaria de la Península Ibérica en el siglo III a. C., estimada por L. Villaronga («Economía monetaria de la Península Ibérica ante la presencia cartaginesa durante la segunda guerra púnica», *AO*, IV, 1986, pp. 157-162) en: período de 237-218, 370 cuños shekel equivalente a 18 cuños shekel año o a 30 cuños denario año; período 218-206 a. C., 207 cuños shekel, equivalente a 16 cuños shekel año ó 26 cuños denario año; a lo que habría que añadir las aportaciones locales por parte del bando cartaginés: Ibiza con 34 cuños dracma, equivalentes a 18,5 cuños denario para todo el período, y Gadir con 14 cuños dracma, equivalente a 15 cuños denario para el mismo lapso de tiempo (p. 162). Por eso resulta todavía más extraño que, arqueológicamente hablando, «el momento bárcida», aún en la propia Cartago Nova, «sigue sin tener una confirmación clara desde el punto de vista arqueológico», como manifiesta A. Rodero Riaza («La ciudad de Cartagena en época púnica», *AO*, III, 1985, pp. 217-225, especialmente p. 223).

Claro está que *los materiales que componen la documentación arqueológica* no dejan de presentar problemas; y no sólo respecto a la presencia cartagine-

sa en la Península, para lo que se puede emplear un útil trabajo reciente^{54 bis}, sino también respecto de la anterior presencia fenicia. Pero hablemos primero de los materiales y dejemos para más tarde los problemas que su interpretación plantea. Las cerámicas arcaicas son sistematizadas por G. Maass-Lindemann («Vasos fenicios de los siglos VIII-VI en España. Su procedencia y posición dentro del mundo fenicio occidental», *AO*, III, 1985, pp. 227-239), quien distingue entre las formas: jarros de boca de seta y de boca trilobulada, platos, cuencos carenados, lucernas, ánforas, ollas, botellas, jarritas y trípodes; y en cuanto al tratamiento de las superficies: barniz o engobe rojo, decoración de pintura a bandas, cerámicas grises, engobe claro y ausencia de tratamiento. De todas estas cerámicas son los jarros de boca de seta y trilobulada, los cuencos carenados, las lucernas (? *vid. infra.*) y los platos las que presentan formas más parecidas a las conocidas en piezas similares de Oriente (p. 228), siendo por otra parte predominante el empleo del barniz rojo en la decoración. Algunos de estos tipos que alcanzaron gran éxito en Occidente, como las ánforas, los platos, los cuencos carenados y los trípodes, ofrecen similitudes muy estrechas con materiales análogos encontrados en el Norte de Africa (Rachgoum, Lixus y Mogador).

Pero falta una sistematización similar de las cerámicas púnicas de los siglos V a. C. en adelante, tarea sin duda todavía compleja y arriesgada, y tan sólo uno de los trabajos presentados, aquel que corresponde a M. J. Almagro Gorbea («Las ánforas de la antigua Baria (Villaricos)», *AO*, III, 1985, pp. 265-283) aborda la cuestión desde un planteamiento parcial. Estas ánforas de Villaricos, reestudiadas a la ocasión, muestran en general paralelos que conectan con el ámbito colonial circundante y una antigüedad que puede retrotraerse hasta alcanzar el siglo VI a. C. (p. 270).

En lo que a la orfebrería se refiere A. Perea Caveda («La orfebrería púnica de Cádiz», *AO*, III, 1985, pp. 295-322) presenta su juicio respecto a las piezas producidas por el taller gaditano que, de acuerdo con los paralelos técnicos y formales, debió comenzar su actividad en el siglo VII a. C., pero que sólo alcanzó su apogeo durante el IV a. C. Nada se ofrece de otras orfebrerías, ni de los bronceos, aunque en alguna parte podemos leer acerca de la probable existencia de un gran centro artesanal fenicio en Huelva (cerámicas y bronceos) (M. Belén, «Importaciones fenicias en Andalucía Occidental», *AO*, IV, 1986, p. 269) y otro (cerámicas) en Cádiz (*Ibid.*, p. 266). Los marfiles están igualmente ausentes, posiblemente porque las perspectivas alcanzadas en los últimos estudios⁵⁵, que los adjudicaban a la actividad de un taller local, están todavía muy cercanas, y de hecho no se han producido nuevos hallazgos, salvo el citado ejemplar de Málaga, susceptibles de producir un cambio en el estado de la cuestión. Sobre la coroplástica, muy, en general,

^{54 bis} M. E. Aubet, «La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular», *Homenaje a L. Siret*, 1986, pp. 612 y ss.

⁵⁵ M. E. Aubet, «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. I. Cruz del Negro», *Studia Archaeológica*, 52, 1979; Eadem, «Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. II. Acebuchal y Alcantarilla», *BSAA*, 46, 1980, pp. 33 ss.; cfr.: A. M. Bisi, «I pettini d'avorio di Cartagine», *Africa*, 2, 1967-1968, p. 3 ss.

escribe A. M. Bisi («La coroplastica fenicia d'Occidente [con particolare riguardo a quella ibicenca]», *AO*, III, 1985, pp. 285-294), quien, tras plantear la problemática del influjo del sustrato local de cada lugar —lo que introduce el aspecto de la doble asimilación— señala la difusión de los mismos tipos y la misma iconografía en la coroplástica de todo el territorio púnico, lo que puede obedecer a una homogeneidad del panteón, o a la existencia de un pequeño número «canónico» de matrices que irradiarían desde algunos centros guías (Cartago, Agrigento, Siracusa) (p. 294). «Sólo raramente, en fin, el aditamento de modelos extraños se acompaña de una fuerte vena innovadora, y en tal sentido la «botteghe» de la coroplástica ibicenca se ha mostrado la más vivaz, original y autónoma del mundo fenicio de Occidente» (*Ibid.*).

Los problemas que plantea la interpretación de toda esta documentación no son pocos, y para abreviar nos referiremos exclusivamente a algunos ejemplos que tienen que ver, sobre todo, con la cerámica, ya que es la que más ampliamente se encuentra representada aquí, y dada su reconocida importancia como «fósil guía» por los arqueólogos. Empezando por la cronología, ya se ha señalado antes su valor puramente indicativo, sobre todo para las más antiguas, debido a que su seriación descansa sobre los datos que proporciona la cerámica griega con la que puede aparecer asociada. Ello significa, como indica Maluquer («La dualidad... *cit. supra.*) que los hallazgos fenicios arcaicos de este tipo si no están acompañados de manufacturas griegas no pueden proporcionar fechas seguras (p. 207). Bien es cierto que Schubart⁵⁶ ha arbitrado un sistema cronológico que descansa sobre la anchura de los bordes de los platos y la longitud de su diámetro, de tal forma que la evolución comienza con bordes muy estrechos (2 cm) que se amplían progresivamente para alcanzar durante el siglo VI a. C. una anchura de hasta 8 cm, para volver a estrecharse luego al tiempo que se reduce el diámetro del plato. Según este criterio, ampliamente aceptado, los platos que pertenecen a la primera fase de ocupación de Morro de Mezquitilla (H. Schubart, «El asentamiento fenicio... *cit. supra.*) con bordes muy estrechos, de 2,2 cm, pertenecen a las formas más antiguas encontradas hasta el momento en la Península Ibérica (p. 69). No obstante la evidente utilidad de este sistema, como señala Mass-Lindemann («Vasos fenicios... *cit. supra.*): «la cronología establecida sobre la base de la anchura de los bordes de los platos debe, sin embargo, fijarse a partir de un número bastante alto de piezas, ya que datar sólo a partir de piezas aisladas puede llevar a resultados erróneos, dado que pueden aparecer bordes más estrechos de platos en niveles recientes (p. 233).

Con todo, en Huelva, como es sabido⁵⁷ no se da esta misma evolución, ya que «los platos de borde estrecho se mantienen con el paso del tiempo y conviven con aquellos otros que siguen la tendencia a aumentar el tamaño del borde. De esta forma se plantea una situación que podemos considerar

⁵⁶ «Westphönizische Teller», *RSF*, 4, 1976, pp. 179 ss., *idem*; «Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica», *Huelva Arqueológica*, 6, 1982, pp. 71 ss.

⁵⁷ Noguera Martínez, «Sobre cerámica...» (*cit. n. 3*), p. 348.

como anómala respecto a lo que puede entenderse como tendencia evolutiva normal de los platos fenicios» en palabras de J. Fernández Jurado («La influencia fenicia en Huelva», *AO*, IV, 1986, p. 223), lo que ha llevado a pensar en la existencia de algún taller fenicio local de carácter arcaizante⁵⁸ idea, como se ha visto, apuntada también desde estas mismas páginas por M. Belen («Importaciones fenicias... *cit. supra.*, p. 269). Además de los platos otras de las formas cerámicas que plantean problemas son las ollas y las lucernas. Las primeras, utilizadas como urnas funerarias en Frigiliana y otros yacimientos, no serían comprensibles según Niemeyer («El yacimiento fenicio de Toscanos»... *cit. supra.*) sin los modelos fenicios de las factorías de la costa, pero cuyos antecesores más cercanos hay que buscarlos dentro de las urnas de incineración y ánforas pintadas del tipo «Cruz del Negro», como las conocemos sobre todo por las necrópolis de Carmona, en la parte más baja del Valle del Guadalquivir. Tampoco ellas, por supuesto, son explicables sin los modelos fenicios (p. 120). Pero ¿qué modelos fenicios? Como es bien sabido las urnas globulares del tipo «Cruz del Negro» son excepcionalmente raras en los asentamientos fenicios del litoral andaluz⁵⁹, por lo que la solución tal vez haya que buscarla de nuevo en la existencia de otro posible taller fenicio radicado en la zona de Carmona, como sugiere Belen («Importaciones fenicias»... *cit. supra.*, p. 267), ya que no parece fácil establecer su conexión con las ollas sin decoración que aparecen en asentamientos como Toscanos y Chorreras, pero que, al parecer, faltan en las necrópolis fenicias de la costa, como Trayamar y Almuñecar (cfr.: Maass-Lindemann, «Vasos fenicios»... *cit. supra.*, p. 237), y no aparecen tampoco en los poblados tartésicos con materiales orientalizantes) (cfr.: Ruiz Mata, «Las cerámicas fenicias»... *cit. supra.*, p. 257). En lo que a las lucernas se refiere, en Occidente se generalizó ampliamente la lucerna de dos picos o bicorne, forma minoritaria en Oriente donde por el contrario predominan las lucernas de un solo pico, y no se encuentran sólo en los poblados sino que aparecen también en las necrópolis. En palabras de Maass-Lindemann «deben haber pertenecido a un culto que no estaba generalizado en toda la zona oriental y que en Occidente se impuso en la segunda mitad del siglo VII a. C. y que más tarde, al parecer, se convirtió en usual en todas las colonias» (p. 232). Esto mismo es lo que se observa en el castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, *cit. supra.*) donde las lucernas de un solo pico correspondientes al siglo VIII (p. 250) son sustituidas a partir del VII a. C. por las típicas formas bicorne comunes a todos los establecimientos fenicios peninsulares (p. 257). No obstante, las lucernas de un solo pico se encuentran bien documentadas en los yacimientos del Bajo Guadalquivir, incluyendo Cruz del Negro, en un momento en que han prácticamente desaparecido de los asentamientos fenicios de la costa,

⁵⁸ Aubet, «Algunas cuestiones...» *cit. n. 1*, pp. 103-104.

⁵⁹ Aubet, «Algunas cuestiones...» (*cit. n. 1*), p. 103; M. Belen; J. Pereira, «Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía», *Huelva Arqueológica*, 7, 1985, pp. 338-339; Wagner, «Notas en torno a la aculturación...» (*cit. n. 42*).

hallándose igualmente presentes en Rachgoum⁶⁰. Probablemente la solución a todo ello apunte en la misma dirección antes señalada.

Poca es la información que *los materiales numismáticos* pueden ofrecernos, pues, como es bien sabido sólo Gadir, a quien C. Alfaro Asins («Sistematización del antiguo numerario gaditano», *AO*, IV, 1986, pp. 121-138), dedica su atención, acuñó moneda, de bronce, con anterioridad al desembarco cartaginés del 237 a. C. (p. 125). Las otras cecas, como es el caso de Malaka, estudiada por M. Campo («Algunas cuestiones sobre las monedas de Málaga», *AO*, IV, 1986, pp. 139-155) empiezan a acuñar seguramente durante la segunda guerra púnica. La *gliptica* tampoco nos ayuda mucho y es de notar que los trabajos al respecto aquí presentados giran sobre aspectos muy puntuales. Es así que nos enteramos a través del estudio de E. Acquaro («Motivi iconografici negli scarabei ibicenci», *AO*, IV, 1986, pp. 105-110) que la iconografía de los escarabeos de Ibiza revela contactos culturales y seguramente comerciales con un amplio entorno mediterráneo (Naucratis, Etruria, Tharros). Algunas gemas procedentes también de la isla, como la que estudia E. Gubel («The Iconography of the Ibiza gem MAI 3650 reconsidered», *AO*, IV, 1986, pp. 111-118) podrían ampliar el registro del panteón fenicio-púnico conocido al introducir lo que parece un nuevo tipo de «Baal» representado como «Baal cazador», aunque sobre estos documentos y el valor de la iconografía como prueba de la penetración de un culto hemos aún de exponer nuestras reservas más adelante. Finalmente una pieza de origen moabita, estudiada por P. Bordreuil («Un cachet moabite du musée biblique de Palma de Mallorca», *AO*, IV, 1986, pp. 119-120), ha llegado hasta Palma de Mallorca. ¿Y bien?

Tampoco *los materiales epigráficos*, compilados y sistematizados en estas páginas por M. J. Fuentes Estañol («Corpus de las inscripciones fenicias de España», *AO*, IV, 1986, pp. 5-30) que reúna la totalidad de las inscripciones fenicias, púnicas y neopúnicas halladas hasta la fecha en España, algunas hasta ahora inéditas, y que en otros contextos son de tanto valor, amplían significativamente nuestros conocimientos sobre la presencia fenicia en la Península. Guarda ello estrecha relación con la falta de santuarios y *tophets* descubiertos en nuestras tierras, si bien respecto a este último punto parece sumamente probable su existencia, siendo los condicionamientos habitualmente inherentes a la labor arqueológica los responsables de su desconocimiento. Y si estamos bien informados acerca de la gran importancia que llegó a alcanzar el santuario de Heracles-Melkart de Gadir, aún cuando arqueológicamente no sepamos nada de él, no sorprenderá encontrar huellas, en opinión de Escacena («Gadir... *cit. supra*), de la existencia de antiguas prácticas de sacrificios *moloch* en relación con el culto de la Astarté de Gadir, cuyo santuario se alzó en un tiempo sobre la punta occidental de *Erytheia*, según probaría la inscripción del célebre anillo signatario en oro, así como la

⁶⁰ Cintas, *Manuel...* (*cit. n. 35*), II, París, 1975, pp. 311-312; M. E. Aubet, «La cerámica a torno de la Cruz del Negro» (Carmona, Sevilla), *Ampurias*, 38-40, 1976-1978, p. 275, figs. 9 y 10.

pervivencia de prácticas análogas en épocas posteriores de acuerdo con recientes hallazgos en la necrópolis romana (p. 46). Es de esperar, en fin, que algún día nuevos descubrimientos vengan a colmar este vacío enriqueciendo nuestra documentación sobre uno de los aspectos peor conocidos de las comunidades fenicias peninsulares. En cuanto al contenido de las inscripciones conocidas, como señala W. Röllig («Contribución de las inscripciones fenicio-púnicas al estudio de la protohistoria de España», *AO*, IV, 1986, pp. 51-58): «los textos son poco relevantes y tampoco son especialmente típicos. El aparentemente fuerte predominio de inscripciones sobre recipientes resulta de la situación arqueológica; como consecuencia de ello las escuetas inscripciones están muy limitadas en sus posibilidades de interpretación y valor expresivo» (p. 55). Por su parte E. Lipinski («Guadalhorce. Une inscription du roi d'Eqron?», *AO*, IV, 1986, pp. 85-88) presenta una inscripción procedente de Palestina descubierta sobre un recipiente reutilizado en el yacimiento del Guadalhorce y que, en opinión del autor «no haría más que testimoniar los intercambios comerciales existentes entre los puertos levantinos sometidos a los reyes de Asiria y las factorías fenicias de Iberia» (p. 88).

No debe resultar sorprendente, a la vista de la documentación que poseemos, que llegados al punto de analizar los *procesos de interacción cultural* encontremos, por lo general, interpretaciones apresuradas condicionadas fundamentalmente por la carencia de un marco teórico global del que extraer modelos aplicables. Pero puesto que es ésta una cuestión que hemos tratado muy recientemente⁶¹ no insistiremos mucho al respecto. Sí conviene en cambio señalar que, para empezar, y en nuestra opinión, se parte de un supuesto erróneo, lo que también hemos dicho en otra parte⁶², cuando se caracteriza inicialmente a la cultura tartésica, —que no conoce el torno y habita en poblados construidos con chozas de planta circular u oval—, como una sociedad «perfectamente desarrollada y con una elevada cultura», como nuevamente podemos leer de la mano de Fernández Jurado («La influencia fenicia»... *cit. supra.*, p. 212), o cuando se la considera el intermediario ante los fenicios del estaño atlántico (Arteaga, Padró, Sanmartí, «La expansión fenicia»... *cit. supra.*, p. 313) como implícito promotor, por consiguiente, de las navegaciones por el Atlántico en pos de las Cassitérides (Fernández Miranda, «Huelva...» *cit. supra.*, p. 233 ss.), todo lo cual, no obstante, no encuentra el menor apoyo en dato alguno y parte de la atestiguada confusión tardía entre Gadir y Tartessos⁶³. Y aún resulta mucho menos defendible cuando, llevando esta argumentación a sus extremos, se pretende, como Tsirkin («The Hebrew Bible...» *cit. supra.*) que el naciente poderío de Tartessos llegó a constituir una amenaza directa para las colonias fenicias peninsulares cuyo eco llegaría a alcanzar incluso a las referencias bíblicas contenidas en las profecías de Isaías (pp. 183-185). Sin duda existen

⁶¹ Wagner, «Notas en torno a la aculturación...» (*cit.* 42).

⁶² Wagner, «Aproximación...» (*cit.* n. 42), pp. 4 ss.

⁶³ J. Alvar, «El comercio del estaño atlántico durante el periodo orientalizante», *Memorias de Historia Antigua*, 4, 1980, pp. 43 ss.

soluciones más aceptables sobre la crisis de los asentamientos fenicios peninsulares y las oscuras noticias en torno al enfrentamiento entre los autóctonos y los fenicios de Gadir⁶⁴.

No estamos, por otra parte, de acuerdo, y nuestra opinión no es la única⁶⁵, acerca de la pretendida rapidez del proceso de aculturación que se produjo en la sociedad tartésica, tal y como aquí defienden algunos autores (Fernández Jurado, *cit. supra.*, p. 216), si bien parece que Huelva recibió con más fuerza el impacto aculturador y que por lo tanto, como observa Fernández Miranda («Huelva...» *cit. supra.*), la aculturación haya podido ser más profunda y más temprana que en otros centros tartésicos, como parecen sugerir los indicios de protourbanismo presentes ya en el siglo VIII a. C. (p. 243), la mayor y más pronta asimilación de algunas innovaciones técnicas como el torno de alfarero (p. 247) y la, al parecer, rápida aceptación por parte de las gentes que se enterraban en la Joya de los usos funerarios de raigambre fenicia (p. 251). Pero no cabe generalizar; ya que es probable, como sospecha Belén («Importaciones fenicias...» *cit. supra.*) que el hecho de que en tan escaso tiempo se note en el panorama arqueológico tartésico que conocemos un cambio tan profundo, apreciable, como señala ella, en los esquemas de construcción de los poblados y, añadiríamos nosotros, en los rituales y estructuras funeraria, no puede explicarse satisfactoriamente sin que, al menos, se tengan en cuenta dos premisas conjunta o alternativamente: una gran influencia externa sobre el mundo local —lo que, dicho de paso, no parece siempre probable⁶⁶—, o/y la existencia de un fenómeno de mezcla étnica que entrañe una convivencia fluida y estable entre las dos culturas (p. 274). En esta última solución la que parece más viable por cuanto que, por mucho que se insista, la actividad comercial por sí sola no basta para explicar satisfactoriamente la existencia de determinados procesos de interacción cultural. A su vez, ello implicaría precisamente la presencia de esos talleres fenicios ubicados en un contexto autóctono, como los de Huelva o Carmona ya señalados antes, o el que reconoce González Prats («Las importaciones...» *cit. supra.*) en la Peña Negra a partir de la presencia de grafitos fenicios sobre platos de barniz rojo de factura local, de la homogeneidad de la producción y la presencia de formas fenicias muy características (p. 301). Pero si, por una parte, los contactos comerciales, en los que se quiere ver por ejemplo el desencadenante del proceso de «iberización» (Arteaga, Padró, Sanmartí, «La expansión fenicia...» *cit. supra.*, p. 312) no ofrecen una respuesta nítida a las transformaciones observadas en el medio autóctono ante las influencias procedentes del contexto fenicio colonial, por otra ¿cómo se puede explicar la presencia en Carmona de talleres fenicios, con los que pudo haber estado relacionada la famosa Astarté (cfr.: Blázquez, «El influjo

⁶⁴ Cfr.: Wagner, «Aproximación...» (*cit. n. 42*), pp. 29 ss.; ídem., *Fenicios y cartagineses...* (*cit. n. 42*), pp. 231 ss.; ídem., «El comercio púnico...» (*cit. n. 51*), pp. 215 ss.; cfr.: J. Alvar, «Thérón: rex Hispaniae Citerioris», *Gerión*, 4, 1986, pp. 161 ss.

⁶⁵ Aubet, «Algunas cuestiones...» (*cit. n. 1*), pp. 104 ss.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 99 ss.; Wagner, «Notas en torno a la aculturación...» (*cit. n. 42*).

de la cultura semita...» *cit. supra.*, p. 166), en virtud solo de intereses estrictamente comerciales y/o de consideraciones logísticas? ¿No tiene ello que ver con lo anteriormente señalado respecto a Cruz del Negro y otros yacimientos del interior?

Se piensa también, como hace Blázquez (*cit. supra.*) en una gran influencia de la religión fenicia sobre las creencias y cultos autóctonos que en general habría tenido una gran aceptación y se habría propagado con rapidez (p. 165), aunque de forma selectiva (p. 167), y en este sentido Fernández Miranda («Huelva...» *cit. supra.*) considera que las estatuillas onubenses recientemente descubiertas en la línea de los conocidos *smiting gods* mediterráneos, podrían ser la prueba de la aceptación de un culto fenicio por parte de la población tartésica (p. 252). Pero, a este respecto estamos más cerca del escepticismo mostrado por Belén («Importaciones fenicias...» *cit. supra.*) cuando se pregunta: «¿cómo se puede afirmar tan categóricamente la significación de una serie de elementos separados de su contexto y que, por ello, es posible que no cumplan función idéntica a la que tuvieron en origen?» (p. 274). Conviene no exagerar el valor de la iconografía como testimonio de una penetración religiosa⁶⁷. Y algo similar puede objetarse respecto a la cuestión del origen de la escritura tartésica, excelentemente tratada por J. de Hoz («Escritura fenicia y escrituras hispánicas. Algunos aspectos de su relación», *AO*, IV, 1986, pp. 73-83), presente como una adaptación de la fenicia al menos desde el siglo VII a. C. (p. 75), —y que en algún sentido podría ser también considerada como un elemento de la precolonización o del carácter arcaizante de determinadas comunidades fenicias en la Península (p. 79)— y que algunos investigadores (Fernández Miranda, *cit. supra.*, p. 254) ven como un fenómeno generalizado a partir de unos cuantos grafitos encontrados en un ambiente autóctono.

Creemos sinceramente que se sobrevalora sin ninguna base el valor informativo de muchos de los datos que se manejan, como cuando Fernández Jurado, sin ir más lejos, y en el curso de un trabajo en el que se habla de aculturación pero que no recoge ni aun para discutir las perspectivas aportadas por otros estudios anteriores sobre el tema⁶⁸ («La influencia fenicia en Huelva», *cit. supra.*, pp. 211-225), afirma que no se encuentra otra explicación para las murallas de Tejada la Vieja, ante lo que él presupone una ausencia de conflictos internos entre las comunidades tartésicas⁶⁹, que no sea como producto de la orientalización del mundo tartésico: «la ciudad oriental se concibe como un conjunto amurallado y, en

⁶⁷ J. C. Bermejo Barrera, «Los objetos y los mitos. Consideraciones acerca del valor de la iconografía como fuente para el estudio de la difusión cultural en el mundo antiguo», *La religión romana en España*, Madrid, 1981, pp. 429 ss.

⁶⁸ Aubet, «Algunas cuestiones...» (*cit. n. 1*); M. Almagro Gorbea: «Colonizzazione e aculturazione nella Penisola Iberica», *Modos de contactos et processen de transformation dans les societats antiquas*, Roma, 1983; Wagnen; «Aproximación...» (*cit. n. 42*).

⁶⁹ Hay razones sin embargo para pensar lo contrario: Wagner, «Aproximación...» (*cit. n. 42*), p. 15, nota 43.

consecuencia, Tejada se construye de la misma forma» (p. 224) (?). Es evidente que apreciaciones tan apresuradas como ésta sólo pueden ser el resultado de una inexistente base teórica y de la aplicación de criterios metodológicos que no sin seria dificultad podemos intentar admitir como científicos.

En fin, renunciamos a comentar un interesante trabajo de G. Del Olmo Lete («Fenicio y ugarítico: correlación lingüística», *AO*, IV, 1986, pp. 31-49), director de la publicación, ya que apenas tiene nada que ver con la presencia fenicia o cartaginesa en la Península y escapa, por lo tanto, a nuestro propósito. Por lo demás habrá que decir, como es norma, que los trabajos que integran los dos volúmenes objeto de nuestra atención son acompañados de gran profusión de material gráfico y que un cuidado elenco bibliográfico a cargo de C. J. Pérez («Bibliografía sobre los fenicios en la Península Ibérica», *AO*, IV, 1986, pp. 315-338) sirve para poner fin a la obra.